

EL URBANISMO, ENTRE LO POLÍTICO Y LA POLÍTICA

JEAN PIERRE GARNIER

«Cambiar la ciudad para cambiar la vida». Es conocido este eslogan famoso de los arquitectos constructivistas soviéticos, a menudo retomado después en contextos políticos y con significados ideológicos muy diferentes e incluso, con frecuencia, opuestos. Sin embargo, el postulado que lo sustenta no ha variado: al transformar la ciudad, el urbanismo puede contribuir en transformar la sociedad. ¿Pero de qué sociedad y de qué transformación se habla hoy día? De la sociedad capitalista sin duda, ya que no existe otra a la vista por el momento. Queda por saber en qué sentido la necesidad de su transformación debe ser interpretada.

Para contestar, se puede referir a la cita conocida de Giuseppe Tomasi di Lampedusa en su libro *El Gatopardo*: «Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie». Una estrategia sintetizada a su modo por un antiguo Primer Ministro francés, Jacques Chaban-Delmas, al extraer lecciones del Mayo 68, para presentar a su manera su proyecto de «nueva sociedad»: «*Se trata de cambiar la sociedad para no tener que cambiar de sociedad*». Lo que dará como resultado en el plano urbanístico el «Grand Paris», el «Modelo Barcelona», «Bilbao en construcción», el «Nuevo Shanghái», «Dubái, la arquitectura XXL» o cualquier sector urbano «renovado» o «recalificado», todo bajo el signo de la «innovación» (tecnológica y formal), y completado en el plano ideológico – por lo menos en las ciudades europeas– por los ingredientes habituales de la «mixidad social», de la «participación ciudadana» y de la «sostenibilidad». En resumen, todos los

componentes de una «nueva política urbana». Lo que lleva o debería llevar a interrogarse sobre el significado de la palabra «política» para saber de qué novedad se trata en materia de urbanismo.

Una clarificación conceptual se impone, en efecto, para definir sin ambigüedad la perspectiva donde mi propósito se inscribe. Que es la de la emancipación social. Para ello, voy a recurrir al filósofo Jacques Rancière para quien la cuestión de la emancipación se encuentra en el corazón de la cuestión política entendida como «*puesta en crisis de los repartos instituidos, de la repartición de las posiciones y de las funciones en las sociedades de clases*»¹. Las que se inscriben también, como uno lo sabe o debería saberlo, en el espacio urbano. Esta puesta en crisis resulta del acto de interrupción y de desarreglo del orden social capitalista. Y por lo tanto de su

1. Jacques Rancière, *La méésentente*, Galilée, 1995.

orden espacial. Este acto es la irrupción de los «sin partes», es decir de las clases populares, que no cuentan a los ojos de las clases dominantes –salvo en el plano estadístico pues hace falta «gestionar» su presencia–, y que no pueden por consiguiente ser partes interesadas y activas en nuestras sociedades llamadas democráticas. Una irrupción que se efectúa cuando y donde no se les esperaba. Es decir, en lugares, en momentos y con formas imprevistos.

Esta concepción polémica no puede desde luego concitar la unanimidad. Pues, cuando se habla de «política», es normalmente una segunda acepción del término la que prevalece. Lo político –en masculino, esta vez–, se identifica entonces con el gobierno, con los poderes públicos, con las leyes y reglamentos, con todo lo que tiene que ver con el Estado y sus instituciones a escala nacional, pero también internacional y local. Para Marx, para Lefebvre, lo político es lo estatal. J. Rancière lo significa con el término «policía» en el sentido amplio de la palabra. O sea «la agrupación de los humanos en comunidad y su consentimiento fundados en la distribución jerárquica de las posiciones y de las funciones y los

sistemas de legitimación de esta distribución». Al contrario por «la política», en femenino, se entiende «el juego de las prácticas guiadas por la presuposición de la igualdad de cualquiera con cualquiera y por la preocupación de comprobarla». La política es, por lo tanto, la práctica de demostración de la igualdad que llega a confundir las clasificaciones estatales y sociales, la intervención de la lógica igualitaria en la organización jerárquica de la sociedad, que llega a contradecir y perturbar la lógica policial de la distribución de las posiciones, funciones y poderes.

Se puede ahora entrever de qué tipo de «novedad» participa el urbanismo en cuanto a la evolución de las ciudades. Un precepto implícito la resume: el cambio urbano en la continuidad capitalista. Organizar el espacio no es luchar contra el desorden y la anarquía de un desarrollo incontrolado, como se enseña en las escuelas de arquitectura. Es adaptar esta organización a la acumulación sin límites del capital no sólo para facilitarla –la ciudad sirve para vender y se vende ella misma–, sino también, al mismo tiempo, para prevenir los conflictos y enfrentamientos con



París. Foto de Fabrizio Verrecchia en Unsplash

El habitante, al cual se añade cada vez más el turista, se encuentra de ese modo confinado y confirmado en la «posición» y la «función» que deben ser suyas en un régimen capitalista: las de consumidor y de espectador.

los ciudadanos de las clases populares así desposeídos de su «derecho a la ciudad».

Un buen ejemplo, entre otros tantos, de esta doble función lo proporciona el (re)ordenamiento que se ha vuelto prioritario de los espacios públicos. So pretexto de permitir su «(re) apropiación» por los habitantes para promover o restaurar la convivencia urbana, como lo quiere o más bien lo pretende el discurso consensual en la onda del «vivir juntos», se los transforma con fines a la vez publicitarios y «seguritarios», es decir en galerías comerciales al aire libre protegidas por dispositivos arquitectónicos –además de las cámaras de vigilancia y de fuerzas del orden– destinados a controlar su uso y alejar a los «indeseables». El habitante, por lo tanto, al cual se añade cada vez más el turista, se encuentra de ese modo confinado y confirmado en la «posición» y la «función» que deben ser suyas en un régimen capitalista: las de consumidor y de espectador. Todo mejorado y ocultado a la vez con el «sistema de legitimación» ciudadanista². En definitiva, una escenografía para el simulacro de una ciudadanía resucitada y aún más reforzada bajo el signo de la urbanidad.

El filósofo situacionista francés Bruce Bégout resume de manera irónica el carácter engañoso de los discursos con pretensión científica acerca de la «ciudad contemporánea» que suelen acompañar la presentación de los proyectos urbanísticos: «*La teoría urbana, con su pseudo-intelectualismo chic y su reciclaje jovial de todas las ideas de moda (modernismo analítico, estructuralismo semiológico, filosofía del deseo, postmodernismo, deconstruccionismo, etc.) no es sino un señuelo verbal que debe tapar, a través de su atuendo*

2. Manuel Delgado, Ciudadanismo, Catarata, 2016.

*conceptual, la realidad de su subordinación total a los requisitos del capital.»*³. A este respecto, H. Lefebvre se muestra aún más tajante: «*El urbanismo contribuye a hacer del espacio urbano un espacio económicamente gestionado por el capital, socialmente dominado por la burguesía y políticamente regido por el Estado*»⁴. Se adivina, en definitiva, en qué lado se encuentra el urbanismo: en el lado de lo político.

¿Existe, por tanto, una alternativa a la urbanización del capital? Quizás si se hiciera de nuevo vigente el imperativo planteado por Karl Marx, para quien «transformar el mundo» significaba sencillamente acabar con el capitalismo. Perdido de vista en Europa del sur desde el abandono, hace una treintena de años, de cualquier referencia al proyecto socialista, este imperativo sigue siendo más importante que nunca mientras el modo de producción capitalista resulte ser, como lo es indudablemente hoy en día, un modo de destrucción de lo humano y de su medio ambiente. Lo que, desde luego, es válido también para el mundo urbano. Para los arquitectos y los urbanistas, en particular, eso implicaría retomar el enfoque «utópico» abogado por el sociólogo marxiano Henri Lefebvre y el geógrafo británico «radical» David Harvey; es decir, imaginar y concebir una ciudad que sería «*a la vez el molde y el reflejo de una sociedad socialista o comunista por venir*». Y unirse, mientras tanto, a las luchas políticas dirigidas a provocar su eclosión, luchas donde lo político habría definitivamente dejado paso a la política.

3. Bruce Bégout, Dériville, inculte/barnum, 2017.

4. Henri Lefebvre, La producción del espacio, Capitan Swing, 2013.

NOTA SOBRE EL AUTOR

Jean-Pierre Garnier es sociólogo urbano. Los temas centrales de su obra son la urbanización capitalista, sus consecuencias socioespaciales y el papel que han jugado los técnicos e intelectuales especializados en lo urbano para justificar las políticas y las transformaciones territoriales y urbanas..